

*Sam*  
HOLDEN

# Diario de un amo de casa desafortunado

algaida  
**30**  
*años*

Título original: *Diary of a Hapless House-husband*  
Editado en Reino Unido por Arrow Books, 2007

Primera edición: junio, 2009

© Lockhart Armstrong Ltd (Sam Holden), 2007

© de la traducción: Pilar Salamanca, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-236-4

Depósito legal: M-21.732-2009

Impresión: Huertas, I.G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Este libro está dedicado a  
Tobyn y Vanesa Andreae



Con mi agradecimiento a Nikola Scott, Tif Loehnis, Jenny McVeigh, Rebecca Folland, Kirsty Gordon, Annabel Venning, Carla Filmer, Julia Weston, Samantha De Mello, Jo Evans y Tara Douglas-Home.



*Jueves 24 de febrero*

Esta mañana ha ocurrido algo curioso. Recibo un *e-mail* de David, el director, que claramente iba dirigido a otra persona. Sospecho que, probablemente, el destinatario sea Chris ya que los dos tenemos el mismo apellido. Suele ocurrir. El mensaje dice que «el asunto Dudley está al caer» y que pronto podremos celebrarlo con «champán para todos». Lo que me extraña es que yo soy, precisamente, el encargado de ese negocio así que, ¿por qué no me habrán dicho nada? ¿Y quien o qué demonios es ese «Dudley»? Dando por hecho que Fiona hubiera podido cometer un error como este, cosa que no suele suceder, voy y le pregunto un poco enfadado si últimamente me ha entregado todos los mensajes que he ido recibiendo. Me jura que sí y no, ella tampoco tiene ni idea de lo que significa eso de «Dudley». Le pido disculpas.

Durante un buen rato, estuve pensando si reenviar o no el mensaje a David para preguntarle de paso de qué va todo esto. Sin embargo, algo me dice que no lo haga. La verdad, no sé por qué pero algo huele mal. Repaso la guía de teléfonos de la empresa y descubro que no tenemos un solo contacto con ese nombre. A continuación imprimo el mensaje y después lo elimino. Para estar todavía más seguro, lo borro también de la papelera aunque estoy completamente convencido de que, en alguna parte, existirán más copias y que, por supuesto, David tendrá otra en su correo.

De momento, yo pienso esconder esta en casa.

No se si me estaré volviendo un poco paranoico pero lo cierto es que no me gusta que me dejen al margen. ¿Acaso están pensando en sustituirme? Si es así, seguro que tiene que ver con el tremendo malentendido de Lockhart Armstrong el mes pasado. David sigue echándome la culpa por haber dejado escapar esa cuenta y eso es algo en lo que tiene —aunque sólo lo admitiré en este diario— un poco de razón. Lo cierto es que no hicimos un buen trabajo y puesto que yo era el responsable de esas negociaciones puede decirse que la culpa fue mía. Todavía siento un retortijón en las tripas cuando recuerdo las palabras de su director diciéndome, en voz bastante alta, que si a alguien le hacía falta asesorarse, esos éramos nosotros. Teniendo en cuenta que llevo más de diez años asesorando empresas, sus palabras me sentaron como un tiro.

Chris siempre ha envidiado mi puesto de manera que, a lo mejor, es él quien ha estado maquinando lo de Dudley para ganarse el favor de David. Se trate de lo que se trate este asunto apesta ¡Hay que joderse con el dichoso Dudley!

En la estación tengo que esperar más de media hora porque el tren llega con retraso y, para colmo, hasta los topes. Hay días en los que uno se pregunta qué demonios está haciendo con su vida. Hace quince años estaba todavía en la Universidad estudiando Historia moderna (los nazis, principalmente) e, inocente de mí, había planeado dedicar mi vida a conocer mundo para escribir luego sobre mis experiencias. A día de hoy, todos mis viajes se han reducido al trayecto de las 18.35 de vuelta a casa y todo lo que escribo, es este diario, o los informes para las empresas con las que trabajo. ¿Cómo, en nombre de Dios, he llegado a caer tan bajo, de historiador a consultor, yendo y viniendo todos los días en un tren de cercanías?

A las nueve, cuando llego a casa, los niños ya están acostados y Sally ha cenado. Le cuento lo del *e-mail* pero ella me aconseja que no me preocupe. Le digo que en mi opinión creo que me están ninguneando pero ella me tranquiliza diciendo que no le parece probable teniendo en cuenta que David fue siempre uno de mis mejores *fans*. Yo pongo énfasis en ese «fue» diciendo que el fracaso de Lockhart Armstrong me ha

perjudicado mucho aparte, claro está, de que David es un hombre tan escurridizo que resulta imposible saber en qué estaba pensando. De cualquier forma, estoy demasiado cansado para seguir discutiendo. Espero que Sally tenga razón pero, en esta rifa, no sé por qué, Chris es quien parece tener todas las papeletas. Para consolarme, agarro la única botella de vino que nos queda —un *pinot* griego— cuyo insípido contenido bebo demasiado deprisa. En el Canal 4 ponen una comedia con un montón de señoras flacas. Sally se pasa riendo toda la película pero como yo no le encuentro la gracia, me largo a la cocina a ver un documental sobre los nazis que ponen en el canal Historia. No hay nada como la guerra para acabar animándole a uno.

### *Viernes 25 de febrero*

Nuestro séptimo aniversario de boda. Me levanto a la hora de siempre y llevo el desayuno a la cama a Sally: café, *croissants* y zumo de naranja acompañados de la más pura lascivia —siempre he creído que Sally está preciosa cuando se despierta por las mañanas. Al verme mi expresión, la suya ha pasado de socarrosa a sonriente para terminar, luego, frunciendo el ceño.

—¿Y qué hacemos con Peter y Daisy?

—Están dormidos.

—Sí, pero se despertarán de un momento a otro y ya sabes que en cuanto llegan aquí, la arman.

Pero yo, recurriendo a mi eslogan favorito (uno que no hace sino presagiar los mayores desastres) susurro:

—No pasa nada, ayer Peter se acostó tarde y Daisy, bueno, no creo que se atreva a salir sola de la cuna.

Por toda respuesta, Sally arquea una ceja.

Así que vuelvo a meterme en la cama intentando desesperadamente recrear la primera vez que amanecimos juntos en la enorme suite de aquel hotel cuyo absurdo precio —gracias a Dios— pagaron sus padres. Sally había esparcido por el suelo de la habitación todo el contenido de su equipaje mientras insistía en ir probándose uno a uno los modelos de su nuevo guardarropa para que yo le diera mi opinión. Creo recordar que el pase duró «horas» y que ella no dejaba de preguntar qué tal le sentaba esto o lo otro. En cierto momento, tuve que recordarle cual era, o se suponía que debía ser, el objetivo principal de aquella especie de comedia.

Pero hoy, Sally empieza por comerse el *croissant* a toda prisa y sin dejar de mirar el intercomunicador de bebé. Nada de pase de modelos hoy. Resignado, me sirvo una taza de café pensando en lo poco que ella ha cambiado con el tiempo: su larga melena (nada del práctico pelo corto de las otras mamás) y su preciosa cara que sigue tan preciosa como el primer día. Resumiendo, por lo que a mí respecta, no veo síntomas de

la famosa crisis de los siete años por ninguna parte. Antes de casarnos, Sally tenía un empleo muy interesante, de hecho, mucho más interesante que el mío. Hasta que nació Peter, Sally trabajaba de asesora en «cierto Ministerio» como decía ella sin dar demasiados detalles (me costó lo mío conseguir que me explicase cual era su verdadero trabajo. Al principio y hasta que nuestra relación se fue estabilizando, pensaba que trabajaba en el departamento de Agricultura, investigando determinados asuntos relacionados con la producción global de grano).

Pero entonces, «¿para qué llevas tantos años estudiando ruso?», pregunté el día que vimos aparecer la famosa línea azul en la prueba de embarazo y me anunció que, cuando terminase el permiso de maternidad, pensaba solicitar la baja en el trabajo. Todos aquellos años estudiando como una posesa, haciendo informes sobre los mercados de Tajikikazahturkistan para el servicio de inteligencia, todo aquel tiempo gastado en trepar por la cucaña del Ministerio y ahora, simplemente, ¿lo tiraba todo por la borda?

—Hay que escoger —dijo— entre una cosa u otra. Lo que no tiene ningún sentido es hacer dos trabajos a medias. Cualquiera puede ser un analista especializado en temas de defensa de Asia Central pero, desde luego, nadie como yo para criar a mis propios hijos.

—¿Por qué comes tan deprisa?

—Porque quiero terminar el desayuno antes de que aparezcan los niños.

—Vale.

Entonces, yo también le doy un bocado al *croissant* y un sorbito a la taza de café.

—Muy rico. Feliz aniversario, cariño.

Por toda respuesta, Sally farfulla algo con la boca llena y una lluvia de migas se desperdiga por toda la colcha. Ni que decir tiene que este es, precisamente, el momento que Peter elige para irrumpir en nuestro dormitorio informándonos con total seriedad de que ha estado soñando con jirafas. (Siempre son jirafas. Todas las mañanas). Decimos que, si quiere puede volver a la cama a seguir soñando con ellas. Contesta que prefiere quedarse en la de «papá y mamá» y que por qué no le damos a él un poco de pastel.

Es en ese instante cuando se me cae la taza de café. Una violenta lengua de fuego desciende a toda velocidad por la piel de mi estómago. Salto de la cama —para entonces el zumo de naranja lo ha salpicado todo— y me meto en el cuarto de baño para intentar enfriar con agua del grifo los fondillos del pijama. A continuación, procedo a quitarme los pantalones. Al otro lado de la puerta escucho las risas de Sally y las carcajadas de Peter.

Grito que a mí todo esto no me hace ninguna gracia porque duele bastante pero lo único que consigo es que se rían aún más. Al cabo de unos minutos, la quemadura deja de escocer y después de inspeccionar cuidadosamente mis partes para ver si hay algún

desperfecto, compruebo que no hay ninguno, que estoy a salvo.

No así la cama, que ha quedado hecha un desastre, arrasada por completo con la colcha teñida de zumo de naranja y las migas y el café desperdigados entre las sábanas.

Es justamente ahora cuando Daisy empieza a llorar.

—Voy a levantarla mientras tú arreglas un poco todo esto.

Me da un beso. Después dice:

—Por cierto, cuando salgas de trabajar, ¿te importaría pasar por Farell y comprar una colcha nueva?

### *Sábado 26 de febrero*

Tarde de cumpleaños. El ahijado de Sally cumple los tres y vamos a celebrarlo al Village Hall, un bullicioso castillo con olor a pies. Peter se pasa todo el rato en el suelo debajo de unos niños que le doblan en tamaño. Me sentí culpable al ver como, después, para vengarse, él maltrata a otro más pequeño. Es lo que hay. Por ejemplo, en mi trabajo, si a mí me la jugaran, yo a mi vez, se la jugaría a ellos. Resulta fácil convertir este bullicioso castillo en la metáfora de mi propia oficina pero prefiero no darle más vueltas. El bueno de Nigel, tan buen anfitrión como siempre, obsequia a los «hombres» allí presentes con un aceptable cava de

marca blanca. Bueno, por lo menos, está frío. Pero el aliento de Robert es algo que va a peor. Me pregunto por qué Rachel no hace nada. Sally dice que el de Rachel es igual —aunque quizá sea una especie de auto-defensa. Hay parejas así. Por cierto, ¿existirá todavía lo del intercambio de parejas? Apuesto a que a ellos les va ese rollo. Claro que, seguramente, lo del mal aliento les echará para atrás.

Le pregunto a Nigel si sabe cómo anda el mercado de trabajo.

—Digamos que está, vamos a ver cómo te lo explicaría yo, un poco «enrarecido».

—O sea, que no tengo ninguna oportunidad.

—Hombre, yo no diría tanto. Echaré una ojeada si tú me lo pides. Pero yo creía que te iban bien las cosas...

—Tú lo has dicho: «iban» —Contesto con cierta acidez—. Pero bueno, ya sabes, a uno le gusta saber cómo marchan las cosas por ahí fuera.

Nigel me echa una de esas miradas que dejan perfectamente claro cómo esas mismas palabras las ha oído ya un millón de veces.

—Se me ha ocurrido una idea —dice.

—Tú dirás.

—Podrías quedarte en casa y hacerte cargo de los niños.

Exploro su rostro centímetro a centímetro en busca de la más mínima ironía. No encuentro ninguna. Al menos por esa vez. Siguen unas cuantas risas. Ju,

ju, ji, ji y como en plan de broma intento darle un puñetazo en el estómago. Él hace un quite y su copa de cava se cae al suelo. Al suelo pero pasando por mis pantalones. Resultado: una mancha gracias a la cual todo el mundo da por hecho que padezco incontinencia urinaria. Las últimas cuarenta y ocho horas, por decirlo suavemente, no han sido lo que se dice benéficas para mis pobres partes.

Regreso a casa justo a tiempo para el ritual de la cena infantil —baño, cuentos, vaso de leche, cepillado de dientes. El proceso, en su conjunto, resulta agotador, (especialmente después de haber bebido más de la cuenta). Además requiere un desmesurado esfuerzo. Sin ir más lejos, Peter decide que quería meter una caja de cartón —que para él es un barco pirata— en la bañera. Sally dice que no. Yo, una vez más, insisto en que no importa y Peter, intuyendo que me tiene de su lado, sigue pinchando. Al final, metemos la caja en el agua y, con ella, a Peter y a Daisy. Como es de esperar, la caja se desintegra inmediatamente y, a los pocos minutos, el agua se ha convertido en una especie de barro asqueroso.

—¡Quiero que me lo arregles! —berrea Peter.

—No se puede —intento explicarle—. Ahora ya se ha estropeado del todo.

Peter, cuyos ojos no ven diferencia alguna entre la destrucción de una simple caja de cartón y la de su barco pirata, se coge un berrinche. A partir de ese instante, la caja inicia su periplo y, de la bañera, baja

chorreando las escaleras poniendo la alfombra perdida. Después, me toca volver a subir para quitar el tapón de la bañera y secar a Peter que no quiere dejar de retorcerse mientras yo intento ponerle el pijama.

—¡Quieto de una vez! —grito mientras le agarro una pierna. Entonces, de alguna extraña manera y a pesar de que le tengo bien sujeto, consigue revolverse sobre su eje y rotar unos 180°. Como un verdadero faquir.

—Yo. Estoy. Hecho. De. Gelatina —No puedo aguantarme la risa.

Y es que resulta imposible enfadarse con él —a menos que uno se encuentre horriblemente cansado— porque cuanto más guerra da, más divertido parece. Sally dice que no sirvo para educar.

Antes de dormir le leo el cuento de *Thomas, el tanque* —una historia aburridísima pero que a él le encanta. En uno de los capítulos un tal Jeremiah Jobling se niega a entregar el cordón de su zapato, algo imprescindible por lo visto para reparar una máquina de tren.

—¿Me lo cuentas otra vez?

Vuelta a empezar. Gracias a Dios se queda dormido en la segunda página. Cierro el libro y me quedo un par de minutos mirando como, suavemente, ronca con la boca abierta. Tan precioso. Me doy cuenta que, en el día a día, veo a mis hijos más tiempo dormidos que despiertos. Me levanto antes que ellos y regreso a casa cuando ya se han ido a la cama.